

## Aspectos del perfil ateneísta de Valle-Inclán \*

Manuel Pérez Jiménez  
*Universidad de Alcalá*

### 0. INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo afronta el riesgo de que, con toda lógica, la semblanza ofrecida por Valle como ateneísta activo aparezca irremediabilmente teñida del mismo barniz que cubre la propia peripecia vital del autor, sometida por voluntad de éste a tal contraste con la fabulación,<sup>1</sup> que hasta hoy ha sido imposible contar con un estudio que haya merecido la consideración de *biografía* de Valle-Inclán<sup>2</sup>.

Esta situación se contrapone, sin embargo, con la abundante bibliografía que, no sólo la obra, sino también la vida del autor galaico han generado y siguen generando en la actualidad.<sup>3</sup> Pero, dado que el lector de este trabajo constatará enseguida que la paradoja es, tal vez, el inquilino más fiel de la morada valle-inclaniana, adelantaremos ahora que el acabado de señalar es únicamente el primero de los contrastes que siempre sorprenderán a quien se acerque a contemplar, siquiera en lontananza, a tan singular figura. Y ello, incluso si se considera un aspecto tan concreto como el que constituye el objeto de este estudio: las relaciones entre Valle-Inclán y el Ateneo de Madrid.

Con todo, las más fecundas fuentes de nuestro estudio procederán, antes que de los trabajos biográficos sobre Valle, de las investigaciones sobre la historia y vida del Ateneo de Madrid, institución que ha merecido importantes estudios que cubren su noble periplo

---

\* Se ofrece aquí la versión inicial de este trabajo, apenas modificada posteriormente en la publicada, en coautoría con Ángel Berenguer Castellary, en: "Pacheco, Daniel; Díez Torre, Alejandro R. y Sanz, Alejandro (eds.), *Ateneístas ilustres*, Madrid, Ateneo de Madrid, 2004, ISBN: 84-930992-8-7, pp. 697-709.

<sup>1</sup> De manera significativa R. Lima titula su trabajo *Valle-Inclán, el teatro de su vida* (Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, 1995).

<sup>2</sup> Manuel Aznar Soler, "Estética, ideología y política en Valle-Inclán", *Anthropos* 158-159, 1994, pp. 9-37.

<sup>3</sup> Entre los notables repertorios bibliográficos valle-inclanianos podemos destacar: Serrano Alonso, J. y De Juan Bolufer, A., *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1995; Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *Bibliografía de don Ramón María del Valle-Inclán (1888-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1995; así como la permanente labor de actualización bibliográfica llevada a cabo por la publicación electrónica *El Pasajero. Revista de estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (número 1, 2000), <http://www.elpasajero.com>.

desde su misma creación en 1835,<sup>4</sup> la mayor parte de ellos elaborados a partir de fuentes documentales tan directas como son los libros de actas de las juntas y sesiones de la docta casa, o bien los archivos y registros de la actividad de la misma, o bien las publicaciones que, bajo forma de boletines o de revistas, han constituido sus órganos de expresión en las diferentes etapas de su riquísima existencia.

Por otra parte, entendemos que el propósito de este trabajo no debe venir dado por el ahondamiento en el rastreo y obtención de nuevos datos sobre un sector de la actividad de Valle-Inclán, sino por el establecimiento de una contemplación panorámica de dicha actividad que la incardine en el conjunto de las mediaciones<sup>5</sup> de la obra valle-inclaniana y permita, partiendo de dicho contexto, establecer relaciones pertinentes con otros campos de la figura de Valle y, en particular, con su creación literaria.

Por eso, hemos dividido nuestras reflexiones en los tres apartados siguientes, que recogen los diferentes aspectos que nos parece oportuno considerar en las relaciones entre Valle-Inclán y el Ateneo de Madrid.

## 1. ASPECTOS BIOGRÁFICOS

Al abordar, en el presente apartado, los aspectos constatables de la actividad ateneísta de Valle-Inclán y su inserción en la hiperbólica trayectoria vital del ilustre escritor, topamos enseguida con la segunda de las paradojas que, entre las muchas que dinamizan la figura valle-inclaniana, aparecen con especial relieve en el presente trabajo.

En efecto, Valle-Inclán es un ateneísta de hecho, con presencia en los salones de la calle del Prado recordada por todos, documentada algunas veces y transportada a los universos ficcionales de sus propias obras en ocasiones; pero todo ello, sin ser ateneísta de derecho, esto es, sin llegar a ser (incluso cuando es propuesto como Presidente por Manuel Azaña) socio de número la casa.

Claro que Ruiz Salvador traslada parte de esta singularidad al carácter de la propia institución, verdadera casa de acogida de la intelectualidad madrileña contemporánea, sin dejar por ello de notar lo sorprendente del caso de Valle-Inclán:

Los trámites de presentación de nuevos socios, el pago de las cuotas y otros puntos del *Reglamento* configuran al Ateneo como un club. Y, sin embargo, muchos ateneístas de solera que iban por la casa no eran socios. Al Ateneo, como hogar espiritual que es, se pertenece independientemente de lo que digan los *Estatutos*, y no deja de ser significativo que al salir Valle-Inclán elegido presidente de la casa, se descubriera que ni siquiera era socio, requisito que otros muchos ateneístas parecían considerar secundario al hecho de ir

---

<sup>4</sup> La crónica de la vida del Ateneo puede quedar cubierta, desde su fundación hasta el final de la vida de Valle-Inclán y comienzo de la Guerra Civil, por la consulta de los siguientes libros: Ruiz Salvador, A. *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, London, Tamesis Books Limite, 1971; Villacorta Baños, F., *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985; García Martí, V., *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, Dossat, 1948; y Ruiz Salvador, A., *Ateneo, dictadura y república*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1976.

<sup>5</sup> Ángel Berenguer, "El estudio de la creación teatral española durante el siglo XX: reflexiones metodológicas", en *Teatro (Revista de Estudios Teatrales)*, Universidad de Alcalá, núm. 13/14, pp. 9-28.

por el Ateneo. Pero es que la ‘docta casa’ es más que lo que rezan sus *Estatutos* o se anuncia en su programa de actividades.<sup>6</sup>

Si la Presidencia de la Junta Directiva constituyó, como veremos después, la culminación de la actividad ateneísta de Valle, su presencia activa en el Ateneo aparece documentada ya desde 1907. Para entonces, Valle-Inclán tiene cuarenta años y hace ya diez que se trasladó a Madrid desde su Galicia natal. En la capital decide consagrarse por entero a la literatura y prodiga su presencia en tertulias, colaboraciones y trabajos como actor.<sup>7</sup>

El Ateneo de la Restauración estaba a la sazón presidido por Segismundo Moret y contaba, entre sus Secciones, con la de Literatura, cuya mesa presidía aquel curso 1906-1907 D<sup>a</sup>. Emilia Pardo Bazán, siendo vicepresidente de la misma Ramón Pérez de Ayala. En el Apéndice que documenta las actividades ateneístas desde el curso 1884-85 hasta el curso 1911-1912, Villacorta Baños<sup>8</sup> registra una conferencia de Felipe Trigo (15 de febrero de 1907) titulada “Impotencia de la crítica ante la importancia de lo emocional en la novela moderna” y, a tono con ese mismo clima de idealismo estético, Valle-Inclán protagoniza una Sesión de Autocrítica (2 de mayo) titulada *Viva la bagatela*.<sup>9</sup>

Como es habitual en Valle, éste volverá posteriormente sobre el título y el tema de la conferencia, no sólo como elemento destacado de su pensamiento estético, sino también como materia literaturizable que, a través de una suerte de objetivación que inserta al propio autor como sujeto diferenciado de sus universos imaginarios, convierte en ficción los fragmentos de su propia biografía.

En efecto, la mencionada sesión, que es una de las varias veladas literarias que lleva a cabo la Sección presidida por la Condesa, será posteriormente vivencia literaturizada nada menos que en *Lucas de bohemia*, en un memorable episodio de la Escena Séptima del inmortal esperpento. En él, Dorio de Gádex y su “cotarro modernista, greñas, pipas, gabanes repelados, y alguna capa” acompañan a Don Latino a la Redacción de *El Popular*, en donde los atiende, con la intemperancia que dan las prisas y el carácter bohemio de los visitantes, Don Filiberto, “un hombre calvo, el eterno redactor del perfil triste, el gabán con flecos, los dedos de gancho, y las uñas entintadas”. La mediación que solicitan del periodista (quien llama a la Secretaría Particular del Ministerio de la Gobernación, para interceder por la puesta en libertad de Max Estrella) deriva enseguida

---

<sup>6</sup> Antonio Ruiz Salvador, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, op. cit., p. 10.

<sup>7</sup> Manuel Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *Anthropos 158-159*, 1994, pp. 38-40.

<sup>8</sup> Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, op. cit., p. 329.

<sup>9</sup> En el “Glosario” de la *Obra Completa* de Ramón del Valle-Inclán, publicadas por Espasa-Calpe (Madrid, 2002, dos volúmenes), se indica que existen breves reseñas de esta conferencia en la prensa, tales como la de *El liberal* (Madrid, 3 de mayo de 1907), *El imparcial* (Madrid, 1 y 3 de mayo), *La prensa* (Madrid, 3 del mismo mes) y *La república de las letras* (Madrid, 5 de mayo); así como también fue reseñada en *Ateneo* (mayo de 1907), publicación de la Docta Casa. También se indica en el “Glosario” (vol. II, p. 1906) que el término que da título a la conferencia aparece en *El Marqués de Bradomín* (Jornada II) y en *Sonata de invierno*.

hacia las bizantinas discusiones en las que, a los ojos de Valle, siguen perdiendo tiempo e ingenio los anacrónicos epígonos del Modernismo, hasta que Don Filiberto recrimina de esta manera la actitud de éstos:

DON FILIBERTO.- ¡Ni siquiera pueden ustedes hablar en serio! Hay alguno de ustedes, de los que ustedes llaman maestros, que se atreve a gritar viva la bagatela. ¡Y eso no en el café, no en la tertulia de amigos, sino en la tribuna de la Docta Casa! ¡Y eso no puede ser, caballeros! Ustedes no creen en nada: Son iconoclastas y son cínicos.<sup>10</sup>

Con la singular capacidad para alterar la temporalidad histórica que caracteriza al autor, éste hace que se mencione como relativamente reciente el episodio de la conferencia ateneísta, acontecido, como vemos, en 1907, es decir, más de un decenio antes de algunos acontecimientos aludidos precisamente en la misma Escena Séptima, como son el del nombramiento de Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, como jefe del gabinete, en cualquiera de las varias ocasiones que desempeñó este cargo entre 1917 y 1918, esto es, antes de la publicación de *Luces de bohemia*.

Para hallar la siguiente intervención documentada de Valle en el Ateneo hay que esperar al final de esta su primera etapa de afincamiento en Madrid, que, aunque interrumpida por la gira americana de la compañía de F. García Ortega (en donde su mujer trabaja como actriz y él como director artístico) y por algunos breves viajes a Navarra y Galicia, no acabará hasta 1913, cuando el escrito se instala en Cambados y, más tarde, en la también pontevedresa (y próxima a su Villanueva de Arosa natal) Puebla del Caramiñal.<sup>11</sup>

En efecto, una año antes Valle participa en otra velada literaria del Ateneo (que sigue presidiendo Segismundo Moret), organizada también por la Sección de Literatura, cuya Mesa preside ahora Jacinto Benavente, contándose entre los vicepresidentes de la misma Cipriano de Rivas Cherif.<sup>12</sup> Esta velada, celebrada el 14 de mayo de 1912, adquiere de nuevo un valor de honda significación en la creación literaria de Valle, pues se trata de un homenaje a Rubén Darío, en el que se leen versos del padre del modernismo (por boca de las actrices Anita Martos y Hortensia Gelabert, así como de los actores Ricardo Calvo y Nilo Fabra) y participan, junto al presidente de la Sección, Joaquín López Barbadillo, Andrés González Blanco y el propio Valle.

Todavía antes del final de esta etapa madrileña consta otra actividad ateneísta de Valle, ésta relacionada con su teatro, bien elocuente en lo que respecta a su talante como escritor y a la peripecia de la difusión de su obra. En el otoño de 1912, había escrito, en su tierra gallega, *El embrujado*, escribiendo enseguida una carta a Pérez Galdós en la que se la ofrece para su estreno en el Teatro Español, del que don Benito era a la sazón director artístico. El estreno no llegó a realizarse y Valle, que tuvo por ello alguna desavenencia con Galdós,<sup>13</sup> decidió realizar una lectura “tumultuosa” de su obra, la cual tuvo lugar el

---

<sup>10</sup> Valle-Inclán, R., *Luces de bohemia*, en *Obra Completa. II. Poesía. Teatro. Varia*. Madrid, Espasa-Calpe, p. 911.

<sup>11</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>12</sup> Villacorta Baños, F., *op. cit.*, p. 355.

<sup>13</sup> En la Escena Cuarta de *Luces de bohemia*, Valle-Inclán hace decir a Dorio de Gádex:

día 26 de febrero, eligiendo para ello precisamente el Ateneo.<sup>14</sup> El hecho, de nuevo, adquiere una importancia que, no sólo muestra el carácter contestatario del autor con respecto a los usos de la distribución teatral, sino que constituye el inicio de una abstinencia en la publicación de textos teatrales (probablemente, también en su creación), que llega hasta el feraz año de 1920.<sup>15</sup>

Hasta el año 1925, Valle mantiene su residencia en Galicia, sin que ello suponga sedentarismo en una biografía que se caracterizó precisamente por no tenerlo. Así, estos doce años contemplan los viajes a París y a varios frentes de la Primera Guerra Mundial (para escribir unas crónicas sobre el conflicto) y su segundo viaje a México, invitado oficialmente a las fiestas de la Independencia del país, viaje que prolongará durante aquel año de 1921 por La Habana y Nueva York.<sup>16</sup>

Pues bien, en estas excepciones a la estancia física de Valle en su tierra natal durante el período señalado, hay que situar sus dos conferencias de 1915, pronunciadas ambas en el Ateneo de Madrid. La primera, dictada el 13 de marzo, tuvo como tema el *Quietismo estético* y su descubridor la inscribe en el siguiente contexto:

En 1915 Valle-Inclán ya tiene cierta fama de crítico de arte y un gran ascendiente estético sobre los pintores coetáneos. Al mismo tiempo, desde 1912, destaca en la prensa con unos ensayos en los que defiende un *quietismo* artístico, inspirado en las ideas de un heterodoxo aragonés del siglo XVII, Miguel de Molinos, desconocido para casi todos.<sup>17</sup>

La segunda es una lectura-conferencia sobre Santiago de Compostela, pronunciada el 9 de mayo de ese año y reseñada en *La Época* el día siguiente. Jesús M<sup>a</sup> Monge, que cita como fuente a Elías Tormo y Monzó a través de sendas reseñas en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, afirma que tales actividades

revelan las relaciones de Valle-Inclán con los primeros historiadores y divulgadores del arte español, en un momento en que el autor gallego está concentrado en la redacción y exposición de sus ideas estéticas, ideas en continua gestación y desarrollo desde sus artículos de crítica de pintura de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1908. (...) A lo largo de 1915 finalizará la redacción de todos estos textos estéticos y los ordenará y publicará en volumen en febrero de 1916 con el título de *La lámpara maravillosa*.<sup>18</sup>

Resulta, por otra parte, significativo que dichas conferencias fueran pronunciadas un año antes del nombramiento de Valle como profesor de estética en la Escuela de Madrid (18 de julio de 1916).

---

“Precisamente ahora está vacante [en la Academia] el sillón de Don Benito El Garbancero” (*Obras Completas*, vol. II, p. 895). Sin embargo, en el “Glosario” se indica: “No era ésta la opinión del autor, pues siempre se refiere a él elogiosamente”, citando a continuación varios testimonios que lo confirman (p. 1919).

<sup>14</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>15</sup> Aznar Soler, “Estética, ideología y política en Valle-Inclán”, *op. cit.*, p. 20.

<sup>16</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>17</sup> Monge, Jesús M<sup>a</sup>, “Una conferencia y una lectura de Valle-Inclán en el Ateneo (1915)”, *El Pasajero* 10, primavera 2002.

<sup>18</sup> En efecto, la quinta parte de *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios espirituales* lleva por título “El quietismo estético” (Valle-Inclán, *Obra Completa. I. Prosa*, *op. cit.*, p. 1951).

Antes del definitivo traslado de la familia Valle-Inclán a Madrid en 1925, aún aparece documentada otra conferencia en el Ateneo, concretamente el 19 de febrero de 1922.<sup>19</sup> Dicha conferencia, titulada “La obligación cristiana de España en América”, puede ser considerada como una consecuencia directa de su experiencia americana del año anterior:

Llega a la capital (septiembre), viaja por varios estados, desarrolla una intensa actividad política y literaria, polemiza con la colonia española y es nombrado presidente honorario de la Federación de Intelectuales Latinoamericanos, reunidos en el anfiteatro Simón Bolívar (3 de octubre). Tanto en La Habana (17 de noviembre) como en Nueva York (diciembre) sigue defendiendo en declaraciones y conferencias a la revolución mexicana y al indio americano.<sup>20</sup>

Hasta su elección como Presidente, así como después de su dimisión del cargo, esta conferencia será la última actividad documentada de Valle-Inclán en el Ateneo. En efecto, Antonio Ruiz Salvador<sup>21</sup> ha rastreado en los archivos ateneístas la nómina de participantes desde el 13 de septiembre de 1923 hasta el 18 de julio de 1936, sin que Valle-Inclán figure entre ellos en ninguna de las actividades (conferencias, veladas, actos, exposiciones) propias de la institución.

En cuanto a su corta experiencia como Presidente de la Junta Directiva, pensamos que dicha circunstancia debe ser considerada en el contexto de la relativa asunción de responsabilidades públicas por Valle-Inclán en la etapa final de su vida, por lo que aludiremos a ello en un apartado posterior.

## 2. ASPECTOS LITERARIOS

Para Valle-Inclán, escritor por raigambre natural y, a la vez, por decisión propia, la dinámica intelectual y artística del Ateneo de Madrid no podía dejar de convertirse en materia e inspiración literarias, así como en fuerte estímulo para el contraste e intercambio de sus reflexiones estéticas.

Ya hemos aludido a la tematización de sus vivencias en el Ateneo, convertidas en materia literaria, bien en forma de objetivación producida por la alusión y juicio que, sobre su propia conferencia, ofrece un personaje de ficción (Don Filiberto, en la Escena Séptima de *Luces de bohemia*), bien bajo modo de transposición temporal a una anécdota ajena y de carácter histórico. Esto último sucede en su novela de 1927 *La Corte de los Milagros*, primera parte de su trilogía inconclusa *El Ruedo Ibérico*, donde el autor alude a una peculiar reunión político-literaria en el Ateneo de Madrid, que le da pie además para ofrecer a los lectores una breve incursión en algunas estancias de la docta casa.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>20</sup> Ídem, p. 39.

<sup>21</sup> Ruiz Salvador, A., *Ateneo, dictadura y república*, *op. cit.*

<sup>22</sup> Valle-Inclán, R., *El Ruedo Ibérico I. La Corte de los Milagros*, en *Obra Completa. I. Prosa*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002.

Por otra parte, hemos señalado la incidencia estético-literaria posterior adquirida por las reflexiones que, sobre temas como el quietismo o la bagatela, vierte Valle-Inclán a través del foro ofrecido por la tribuna ateneísta.

Es preciso referirnos ahora a otro aspecto relevante de esta actividad en relación con la literatura, el cual se inscribe a su vez en el marco más amplio de la actividad de discusión, contraste e intercambio de puntos de vista literarios que Valle-Inclán llevó a cabo durante prácticamente toda su vida a través de las tertulias literarias.

Los estudios biográficos señalan la asistencia de Valle a las tertulias (en una época en la que éstas formaban verdaderamente parte del ejercicio literario) desde sus años juveniles, tanto en su tierra pontevedresa (tertulia y biblioteca de Jesús Muruais), como en la capital, en donde

frecuenta la tertulia del Café de Madrid, en donde conoce a diversos escritores (Azorín, Benavente, los Baroja, Ciro Bayo, Alejandro Sawa) y, pese a su penuria económica, decide consagrarse en exclusiva a la literatura.<sup>23</sup>

Sin embargo, este aspecto de la vida de Valle nos arroja otra paradoja más, dada ahora por el contraste entre la escasez de los registros documentales de las tertulias (ateneístas o no) a las que asiste y la evidencia y opinión común, no sólo de la alta participación de Valle en este tipo de actividades, sino de la repercusión enorme de éstas en su propia obra. La hipérbole se convierte, en este punto, en escasez y, por una vez en Valle, la realidad de su vida supera a la crónica y a la leyenda sobre la misma.

Así, mientras hemos constatado, no sólo las parcas referencias al Valle ateneísta, sino también la ausencia de éstas durante el largo período que va desde la llegada de la dictadura primorriverista hasta la muerte del autor, hallamos opiniones tan rotundas como la siguiente:

Don Ramón María del Valle Peña, luego Valle-Inclán, tenía su tertulia/madre en el Ateneo, Cacharrería o no Cacharrería, aunque él siempre era un poco caballo lírico atravesando las cacharrerías de la cultura, tan recargadas y complicadas de cacharritos kitsch que no sabían que lo eran, y que nada tenían que ver con el recargamiento estilizadísimo de la prosa y la imaginación del maestro. Digo tertulia/madre porque era la más gustosa para él, entre las muchas que tenía en Madrid.<sup>24</sup>

Como es sabido, Valle “conoce en las tertulias madrileñas a Rubén Darío,<sup>25</sup> acontecimiento de tan enorme trascendencia en su obra como lo fue en su vida la amputación del brazo izquierdo acontecida en julio de 1899, a consecuencia del incidente con Manuel Bueno, precisamente en otra tertulia, la del Café de la Montaña.

Sobre la tertulia o tertulias que en el Ateneo de Madrid mantiene Valle-Inclán, afirma Francisco Umbral que ésta era para él “la gran tertulia de confianza”, donde “teorizaba a gritos” mientras fumaba cigarrillos egipcios, pues Valle

<sup>23</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>24</sup> Umbral, Francisco, “Valle-Inclán en el Ateneo”, *El Cultural. Suplemento de El Mundo*, 14-20 noviembre de 1999, p. 82.

<sup>25</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

procuraba estar en el Ateneo como si estuviese en el Casino de Madrid, también paredaño, o casi, y esto es muy significativo en don Ramón: la pulcritud frente a sí mismo, el imaginarse siempre que era otro y en otro sitio.

En la actividad literaria de la época, la tertulia es, para las mentes más inquietas, no ya un descanso, sino un sano y necesario ejercicio intelectual, que en el caso de Valle se transmuta inmediatamente en inspiración literaria de consecuencias temáticas y estilísticas. Como señala Umbral,

Valle necesitaba la tertulia como banco de pruebas y horno donde calentar motores, pues que hablando es como se le ocurren a uno las cosas, y todo lo que inventaba para sus contertulios, frase o historia, pasaba luego a sus libros.

Y no sólo eso, sino que la tertulia llega también a constituir un modo de vida (“Valle hacía todas las tardes, todas las noches, la ronda de las tertulias”) y de percepción del mundo, que luego se traslada a la configuración universos imaginarios tan potentes como el de *Luces de bohemia*, obra que

no es sino esa ronda de tertulias: la doméstica, la del librero de viejo, Zaratustra, la de la taberna de Pica-Lagartos, la del café elegante de Rubén Darío, la tertulia sombría y espesa del Prado.<sup>26</sup>

Naturalmente, al Ateneo, como sede por excelencia para la tertulia, le conviene especialmente esa dimensión de intercambio y maduración de experiencias literarias y, a la vez, de organización de la propia cotidianidad, ambas tan presentes en la vida y en la obra de Valle-Inclán. En relación con ese especial carácter de la institución, Antonio Ruiz Salvador ha podido decir:

Más que un centro cultural, el Ateneo es una parada -en algunas épocas, la principal- como lo son el café favorito, la rebotica, la tahona de los Baroja o, años más tarde, la colina de los chopos. Por el Ateneo se deja caer uno para ver qué se dice, se va como se pasa por tal o cual sitio por si ha habido algo. Y esta expresión de ‘ir por el Ateneo’ nos parece encerrar toda la complejidad del hogar ateneísta, porque aunque algunas veces se vaya a algo concreto -una conferencia, un debate, una exposición, una junta general-, el ir por el Ateneo es parte del quehacer cotidiano.<sup>27</sup>

### 3. ASPECTOS CÍVICOS

El tercer grupo de los aspectos deparados por el perfil ateneísta de Valle-Inclán tiene que ver, tanto con la propia condición del Ateneo como foro ideológico durante prácticamente toda su existencia, como con la nueva dimensión que, en la biografía de

---

<sup>26</sup> Umbral, Francisco, “Valle-Inclán en el Ateneo”, *op. cit.*

<sup>27</sup> Antonio Ruiz Salvador, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, *op. cit.*, p. 10.

Valle, supone la asunción de responsabilidades públicas por parte del autor.

Ya en su estudio sobre los primeros cincuenta años de vida del Ateneo (1835-1885), señala Antonio Ruiz Salvador:

Nosotros hemos elegido la perspectiva política del Ateneo, tal vez por considerar que este factor es el que sirve de constante a toda su actividad. Pensamos, incluso, que el adjetivo ‘político’ debiera anteceder al triple apellido de ‘científico, literario y artístico’.<sup>28</sup>

El sentido concreto de esta dimensión política del Ateneo viene dado por la frecuente correspondencia entre el desempeño de cargos en la Junta Directiva ateneísta y el ejercicio de responsabilidades en el gobierno de la nación, bien sea en los ministerios (el caso de Segismundo Moret, que hemos citado, es sólo un ejemplo), bien sea incluso en la propia Presidencia del Gabinete (Antonio Cánovas y Manuel Azaña son, quizá, los ejemplos más preclaros).

Y, si bien se produce alguna excepcional coincidencia en el desempeño simultáneo de responsabilidades ateneístas y políticas, la realidad es que la actividad ateneísta suele alternar con la política, porque, al fin y al cabo, el Ateneo constituye en algunas épocas una especie de antecámara, invertida, del juego parlamentario:

Desde esta perspectiva política, el Ateneo se presenta como una casa de oposición. (...) El hecho de que cada nuevo Gobierno lleve en su seno a varios ateneístas [durante el siglo XIX] ha hecho que se considere al Ateneo como una antesala del Congreso, y, en efecto, en temas de sección y de cátedra, el partido derrotado inicia la reconquista de la opinión pública desde la tribuna ateneísta que el partido vencedor ha dejado virtualmente desierta. (...) Con cada turno político se produce en el Ateneo un relevo similar pero a la inversa: cambian los nombres, los hombres, los temas de cátedra y de sección. El nombre que antes resonaba en el Congreso y en la crónica política, llena ahora las reseñas de la vida ateneísta. El tema que se debatiera en la esfera parlamentaria es ahora tema de debate ateneísta. (...) A las minorías parlamentarias corresponden mayorías ateneístas, y viceversa.<sup>29</sup>

Si la jocunda afirmación de Umbral de que “todos los camastrones que iban a sentarse al Ateneo tenían auspicios políticos y su sueño era cruzar un día la calle y sentarse en las Cortes” podría no concordar con el talante estético y con la trayectoria vital valle-inclaniana anterior a 1931, lo cierto es que también Valle aspiró a cambiar la compañía de las musas por la de los leones de la Carrera de San Jerónimo, como lo prueba su candidatura a las Cortes constituyentes por la Coruña en las listas del Partido Radical de Alejandro Lerroux. Un año más tarde, sin embargo, la contienda electoral aceptada por Valle sería la de la Presidencia del Ateneo de Madrid, que de hecho gana y ejerce durante unos meses.

Pero antes es preciso referirse a un aspecto próximo al ideológico y, en definitiva, estrechamente unido a él, cual es el de la reflexión llevada cabo por la intelectualidad española de la época de Valle.

---

<sup>28</sup> Ídem, p. 11.

<sup>29</sup> Ibídem.

Siguiendo una vez más la segmentación de nuestros intelectuales en generaciones, Francisco Villacorta Baños aborda, en su historia del Ateneo de la Restauración, la actividad de la intelectualidad ateneísta, incluyendo a Valle en el grupo que en los albores del siglo XX protagonizó la vida literaria y cultural española. El estudioso afirma que la aportación de los “hombres del 98 al carácter tradicional del Ateneo” consistió en el “radicalismo crítico ante las realidades de la España finisecular” y en un “indudable decoro literario, pero apenas nada más”, dada la carencia de base ideológica de estos autores o, más bien, la identidad entre esta base ideológica y “la de la pequeña burguesía debilitada, incapaz de convertir su ideología en un programa político autónomo”.<sup>30</sup>

Pese a todo, Villacorta coincide con Manuel Azaña, al que cita, en señalar la evidente influencia de los hombres del 98 sobre la vida y el talante del Ateneo moderno, sobre todo en lo referente a la aplicación de su preparación intelectual a los “problemas generales de interés nacional”, que no son otros sino los de “la desintegración del Estado liberal de la Restauración”.

Y, en una dimensión que rebasa los límites del edificio ateneísta, la acción de Valle y del resto del 98 se traduce, con respecto a su influencia en el resto de la sociedad española, en una ruptura “con el liberalismo oligárquico”, pero “sin formular en ningún caso otra alternativa liberal, ni dictatorial como el regeneracionismo costiano ni, desde luego, dando el paso hacia el socialismo”.<sup>31</sup> El fracaso de esta generación, que participaba por igual del regeneracionismo y del esteticismo modernista, vino dado por la confesión de “su rebeldía personal en esteticismo”. Y, junto a otras actitudes de Unamuno, Maeztu y Azorín, alude a la discutible condición de “hidalgo carlista” adoptada por Valle-Inclán a comienzos de la centuria.

Las cosas iban a ser de muy otra manera, en el caso del autor galaico, durante las últimas etapas de su andadura vital y literaria y, en concreto, desde el advenimiento de la II República. En el seno del nuevo régimen, que va a coincidir con los seis últimos años de vida de Valle, éste cambia ostensiblemente aquel esteticismo por una asunción efectiva de responsabilidades públicas, que van desde la presentación de su candidatura al Congreso en las elecciones de 1931, a sus nombramientos como Conservador General del Patrimonio Artístico Nacional y como Director del Museo de Aranjuez (ambos, en 1922), hasta su designación como Director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, pasando por su elección como Presidente del Ateneo de Madrid.<sup>32</sup>

Los avatares del acceso, desempeño y dimisión de Valle-Inclán como Presidente de la Junta Directiva del Ateneo de Madrid son bien conocidos y están particularmente bien documentados. Antonio Ruiz Salvador los recoge pormenorizadamente en su libro *Ateneo, dictadura y república*,<sup>33</sup> en el que registra con precisión los datos relativos a la composición y miembros de las Juntas de gobierno, así como a las actividades de cualquier tipo acontecidas en el Ateneo entre los años 1923 y 1936. Apoyado sin duda en la consulta directa de los archivos administrativos y libros de actas del Ateneo, Ruiz Salvador

---

<sup>30</sup> Villacorta Baños, F., *op. cit.*, p. 63.

<sup>31</sup> Ídem, p. 75.

<sup>32</sup> Aznar Soler, “Cronología de Ramón del Valle-Inclán”, *op. cit.*

<sup>33</sup> *Op. cit.*

documenta con precisión tanto el proceso electoral de 1932 como las actuaciones posteriores, llegando a reproducir, por ejemplo, el acta de la primera reunión de la Junta Directiva presidida por Valle-Inclán. El lector puede hallar en este libro cumplida respuesta a su demanda de información sobre esta fase trascendental de la actividad ateneísta de Valle, por lo que la haremos gracia de sobreabundar en lo que resulta palmario, por bien documentado.

Por nuestra parte, cerraremos nuestro trabajo insistiendo en el significado que este hecho, como el resto de los que hemos repasado, encierra en el contexto de la vida y obra valle-inclanianas.

Gonzalo Santonja,<sup>34</sup> al trazar un esbozo de aquel proceso electoral en el que aparece destacada, junto a la de Valle, la figura de Unamuno, señala que la candidatura de aquél fue promovida (una vez agotado el mandato de Azaña que desde octubre de 1931 era Presidente del Gobierno) por el sector oficialista de la casa, formados por “ateneístas de toda la vida”, quienes firmaron a tal fin un manifiesto avalado por el propio Azaña, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto, Miguel Maura, Sánchez Albornoz, Américo Castro y Juan Negrín, entre otros.

Otras fuentes otorgan a Manuel Azaña la mayor parte de la responsabilidad de esta iniciativa, aludiendo de algún modo a la distancia, vislumbrada enseguida por el insigne alcalaíno, entre la nueva disposición de Valle para asumir tareas cívicas (correspondida por el deseo de las autoridades republicanas de otorgarle en vida los favores que el ministro de *Lucas de bohemia* no pudo otorgar de manera efectiva a Max Estrella) y la eficacia del escritor para el desempeño eficaz de tales cargos.

Este aspecto de la actividad de Valle, que, en relación con el Ateneo, se transluce con claridad del estudio de Ruiz Salvador, es compartido por algunos biógrafos valle-inclanianos:

Ya para entonces Valle-Inclán constituía un permanente dolor de cabeza para Azaña (...). Y fue el propio Azaña quien le propuso para sucederle como director del Ateneo madrileño, cargo al que accedió en mayo de 1932. Po ese motivo Valle-Inclán dimitió de su cargo como Conservador, pero, confirmando los temores de Azaña, ‘hizo de su dimisión un espectáculo periodístico’. Pese a ello, en marzo de 1933 fue nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma.<sup>35</sup>

Las elecciones a la Presidencia del Ateneo tuvieron lugar el 30 de mayo de 1932 y la candidatura de “oficialista” de Valle ganó por 311 votos, frente a 146 que obtuvo Miguel de Unamuno, a pesar de que éste había retirado su candidatura y recomendado el voto para Valle.<sup>36</sup>

El mandato duró seis meses, pues Valle, que a la sazón contaba con sesenta y seis años y había sido operado unos años antes en Santiago de la enfermedad que acabaría con su vida, dimitió avanzado el otoño, convocándose para el día 2 de diciembre las siguientes elecciones, que, por cierto, sufrirían un aplazamiento hasta el día 14 de ese mes y

---

<sup>34</sup> Santonja, Gonzalo, “El Ateneo de Unamuno, Manuel Azaña y Valle-Inclán”, *El País. Libros* IV, nº 147 (15 de agosto de 1982), p. 7.

<sup>35</sup> Aznar Soler, “Estética, ideología y política en Valle-Inclán”, *op. cit.*, p. 28.

<sup>36</sup> Santonja, G., *op. cit.*

otorgarían la Presidencia a Augusto Barcia, tras una memorable conferencia de Unamuno que acabaría con las posibilidades de éste para un cargo en el que había contado como favorito.

Quizá correspondan a la breve etapa de Valle-Inclán al frente del Ateneo, no sólo el retrato que pende de las paredes de la casa, así como actitudes y gestos como los que exhibe en la memorable foto de Alfonso (en la que muestra un entrañable y literario agujero en la suela de su zapato); sino también la parte más consistente del perfil que, en la memoria colectiva del Ateneo, aún persiste de Valle como singular habitante de la casa, instalando en ella su domicilio (hecho que, sin embargo, pone en duda Ruiz Salvador, precisando que Valle lo intentó, pero nunca llegó a tener allí su residencia efectiva).<sup>37</sup>

Lo que sí tuvo, sin duda, fue un lugar por excelencia para hacer aquello que, después del acto mágico de la creación, colmaba en mayor medida sus anhelos: la comunicación y el contraste de sus ideas estéticas y, en una etapa posterior, la aceptación de las responsabilidades deparadas por el cambiante devenir histórico, por la evolución intelectual del autor y por la concreta circunstancia de su predilecta institución ateneísta.

---

<sup>37</sup> Ruiz Salvador, A., *Ateneo, dictadura y república*, op. cit.